**CLEMENTE ALEJANDRINO**

Tito Flavio Clemente, "alejandrino según unos, ateniense según otros" 1, nació a mediados del siglo ii. Del relato que él mismo hace al principio de sus Stromata no parece deducirse que hubiera nacido en Egipto. Pagano de nacimiento, se ignora la fecha de su conversión al cristianismo. Atormentado por el problema de Dios, se dedicó a recorrer mundo y visitó sucesivamente Grecia, la Magna Grecia (sur de Italia), Palestina y Egipto, escuchando a los mejores maestros: un griego de Jonia, otro griego de la Magna Grecia, un celesirio, un egipcio, un asirio y un hebreo convertido, hasta que finalmente dio con Panteno que lo conquistó para siempre, lo formó y hasta lo designó sucesor en la dirección de la Escuela alejandrina. Aunque se desconoce con exactitud la fecha en que sucedió a Panteno, sin duda fue antes del año 202 ó 203, porque en esa fecha estalló la persecución de Septimio Severo y ya estaba en posesión del cargo que debió abandonar juntamente con la ciudad de Alejandría. Entonces se refugió en Capadocia junto al obispo Alejandro, conocido suyo y de Panteno. Preso Alejandro por la fe, escribió desde la cárcel a la Iglesia de Antioquía, cuyo obispo era a la sazón Asclepíades que había sucedido en el obispado al difunto Serapión. Alejandro hace de Clemente, portador de la carta, los mayores elogios: "el bienaventurado presbítero, hombre virtuoso y experimentado, tal como vosotros mismos lo conoceréis y apreciaréis; llegado junto a mí por la providencia y la voluntad de Dios, ha reconfortado y engrandecido la iglesia del Señor" 2, Algunos años después, en carta del mismo Alejandro a Orígenes, habla de Clemente, ya muerto, en términos muy afectuosos 3. Como esta carta fué escrita hacia el año 215 y la anterior el 211, hemos de colocar la muerte de Clemente entre esas dos fechas. Algunos martirologios lo incluyen entre los santos y celebran su fiesta el 4 de diciembre; pero el Martirologio Romano no hace mención de él.

La actividad literaria de Clemente fue continua y muy fecunda. La idea madre de sus escritos fundamentales y de su enseñanza verbal fue la conciliación de la fe y la filosofía, a pesar de la resistencia que encontró en no pocos cristianos alejandrinos. Pero esa resistencia, lejos de amilanarlo, le animó a escribir en ese sentido con ánimo de sacar a los fieles de su error. Eusebio trae una especie de catálogo 'de las obras que en su tiempo se atribuían al famoso alejandrino. Algunas se han perdido, pero tal vez las que se han conservado sean las más importantes, sin incluir la Hipotiposis que tan agrias censuras mere-ció de Focio. El Protréptico, el Pedagogo y los Stromata forman una trilogía, partes de una gran obra que abarcaría todo lo que un convertido debe saber y practicar. Clemente le conduce desde el paganismo a la fe, de la fe a la disciplina y de ésta a la gnosis, las tres etapas o tres grados de los neoplatónicos: purificación, iniciación y visión.

El Protréptico o Exhortación a los griegos (protrepticos pros ellenas) es una apología semejante a las precedentes apologías cristianas, y en el método semejante también a las paganas. Comienza por una amplia demostración de tono lírico y místico sobre el "cántico nuevo", el cántico del Verbo, que debe hacer callar a todos los cantos antiguos y modernos. Pasa luego revista a las doctrinas, ritos, mitos, sacrificios, ídolos, opiniones de los filósofos acerca de Dios. En el capítulo vi concede que los filósofos, principalmente Platón, han conocido ciertas verdades, y lo explica ya por la teoría de haberlas tomado de ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la EscrituraersonName>, ya por una inspiración divina sobre la cual hablará más precisamente en los Stromata; pero sostiene que la verdad total sólo se encuentra en los profetas, órganos del Espíritu Santo, que llama a todos los hombres. Refuta el argumento que los paganos sacaban de la tradición nacional y del deber para, cada uno de permanecer fiel a la suya. Los dos últimos capítulos son un panegírico entusiasta del Verbo.

Clemente añade pocos argumentos nuevos a los empleados por los apologistas del siglo ii. Se desentiende de la situación legal del cristianismo para detenerse sobre todo en la refutación de los errores paga-nos, tanto de los griegos cuanto de los egipcios. A imitación de los escritores de su época, Clemente hace gala, en su apología, de abundan-te erudición. Lejos de ser áspero como los apologistas del siglo ii, da muestra de no poca amabilidad, y hasta reprocha a los devotos paganos el ascetismo irracional, impropio y sombrío con que más tarde algunos escritores flagelarán a los monjes cristianos. Bajo el punto de vista literario, el Protréptico no carece de mérito, si bien éste no es igual a todo lo largo del escrito. En algunos pasajes es elocuente, pero en otros llega a improvisar y a ser negligente. Se ha esmerado en la introducción y en ella no ha despreciado ninguna de las figuras frecuentemente empleadas por los sofistas, lo cual demuestra que su educación literaria le ha venido de los sofistas. Compuesto alrededor del año 190, se conserva en un manuscrito único (Paris, gr. 451; siglo x).

El Pedagogo (Paidagogós) es una continuación del Protréptico, posterior a éste y anterior a los Stromata. Si en la primera parte de la trilogía, el Verbo hace de misionero que arranca las almas del error pagano y las lleva a la fe, en la segunda parte del Pedagogo el mismo Verbo se presenta como verdadero pedagogo que las forma en la práctica de la virtud y que, purificándolas, las hace capaces de dejarse penetrar enteramente por la verdad, para adquirir la vida eterna que revela y comunica. El don integral de la verdad, esa ciencia superior, nos la otorgará el Verbo revelándose a nosotros bajo el aspecto más ele-vado, el de maestro. El Pedagogo consta de tres libros. El primero contiene puntos de vista generales. Define la misión del pedagogo tal como se entendía en una buena casa ateniense, a saber: el esclavo que "tenía la vigilancia del niño desde la edad aproximada de siete años hasta los dieciocho y hasta los veinte"'. No es por lo tanto el maestro que enseña y cuyas lecciones recibe el niño en la escuela. Su deber "ea vigilar sobre la conducta del niño y formar su carácter". Nuestro pedagogo divino es el Verbo a quien Dios, nuestro padre, nos confía. Refuta a los gnósticos que dividían a los hombres en clases; y a los marcionitas que han desacreditado la idea de justicia. En el último capítulo, introduce a los príncipes de la filosofía griega asociándolos a los de la doctrina cristiana; define la virtud y el pecado en términos estoicos y pinta la vida cristiana con la fórmula de Crisipo y hace una invocación final a la Escritura. Los dos libros siguientes son un tratado de moral práctica.

En el libro i pasa revista al comer y al beber, al lujo en los muebles, a la risa y a la burla, a la vida de sociedad, al uso de perfumes y de coronas; al sueño, a la vida de familia y al matrimonio, al lujo del calzado, al de las piedras preciosas y a los aderezos de oro. En el libro tercero, que abre con una introducción sobre la verdadera belleza, combate la coquetería femenina y masculina; expone sus ideas acerca de los baños, los ejercicios gimnásticos, y el uso de los sellos. Como se ve, el orden no es riguroso, pero no pierde de vista el plan general. El asunto es sencillo y Clemente sólo pretende imprimir el sello cristiano a todas las manifestaciones del paganismo. Al fin del tratado, eleva el tono, y cede la palabra al Verbo que resume todas las enseñanzas anteriores en términos bíblicos, no sin mezclar por su parte algunas citas de Píndaro o de Menandro. Cierra con un panegírico, donde entran elementos de san Pablo y de la Ilíada (canto xviii), y con una plegaria y un verdadero himno.

Los Stromata, que quiere decir los tapices (expresión usada ya por Plutarco y por Caesellio Vindex para designar obras de género mezclado) es la última parte de la trilogía y, según el plan primitivo de Clemente expresado al principio y al fin del Pedagogo, debió haberse llamado el Maestro. El título completo es : Tapices de comentarios gnósticos según la verdadera filosofía (Katá ten alete filosophtan gnosijon] atromateis). Han llegado a nosotros en un manuscrito único (Laurentianus, v, 3, siglo Ni). Faltan las primeras páginas; y con respecto al libro octavo, que es un rudimento de tratado de lógica tomado de fuentes helénicas, se dividen los críticos acerca de la paternidad del mismo. Si el libro en cuestión no es de Clemente, consta por él mismo que seguiría un octavo libro.

Aunque la variedad, como hemos visto, es característica de este género de escrito, Clemente la exagera; porque, no sólo son diversos los asuntos de los libros, sino que además se percibe esa diversidad dentro de cada uno de ellos. El libro primero trata principalmente de la significación de la filosofía pagana y de su valor para la ciencia cristiana. Trata el segundo de la sublimidad de la verdad, que sobrepasa a todas las conquistas de la razón, y presenta la fe como fundamento de toda gnosis. El tercero y el cuarto estudian dos notas que caracterizan la gnosis cristiana y distingue a ésta de la gnosis herética; el seguimiento de la perfección moral cual se manifiesta en la pureza conyugal o virginal, y el amor de Dios, atestiguado por el martirio. El quinto vuelve a tratar de las relaciones entre la fe y la verdadera gnosis, de la representación simbólica de las verdades religiosas, y saca a la luz los conocimientos tomados por los griegos a la filosofía bárbara (la judía y la cristiana). El sexto y séptimo hacen una semblanza del verdadero gnóstico y de su vida moral. Ya dijimos del contenido de la controversia sobre el libro octavo. Después del libro viii suelen los manuscritos incluir una doble serie de fragmentos, que respectivamente llevan los siguientes títulos : Extractos abreviados de Teodoto y de la llamada escuela oriental, en tiempos de Valentín, la primera serie; Trozos escogidos sacados de los escritos proféticos, la segunda. Tal vez se trate de notas tomadas por Clemente con miras a otros trabajos en curso o destinadas a un noveno Stromata.

Los Stromata, publicados después de las otras obras que hemos estudiado, son una mezcla de erudición, de filosofía y de teología mucho más pronunciada que en los otros escritos. El libro primero es de contenido histórico, una cronografía comparada de la historia sagrada y profana que tiene antecedentes en Taciano. Las otras partes son un testimonio elocuente de la amplitud de conocimientos que poseía nuestro autor y de sus variadas lecturas. El verdadero interés de los Stromata reside "en la discusión profundizada del asunto que le apasionaba, a saber: el valor que es preciso atribuir a la filosofía helénica, y en la exposición de la vida perfecta, de la vida gnóstica, que el Pedagogo dejaba solamente percibir desde muy lejos como el ideal supremo que se ha de alcanzar" 5.

De la Hipotiposis (Bosquejos) sólo se conservan algunas citas en griego y los comentarios en latín a algunas epístolas canónicas (1a de Pedro, 1°` y 2' de Juan y Epístola de Judas) bajo el título de Adumbrationes Clementis alexaindrini in epistulas canónicas. Se trata de un comentario en ocho libros sobre pasajes escogidos del Antiguo y Nuevo Testamento, especialmente de las espístolas paulinas, de las canónicas y de los Hechos de los Apóstoles, "sin exceptuar —dice Eusebio— los escritos contestados, a saber la Epístola de Judas y las otras Epístolas católicas, la de Bernabé y el llamado Apocalipsis de Pedro" (Hist. Ecles., vi, 14). La exégesis era alegórica y Focio, que tuvo la obra en sus manos forma de ella un juicio excesivamente severo: "Sobre ciertos puntos, dice el patriarca, parece expresarse como con-viene; pero sobre otros se deja arrastrar a tesis totalmente impías y fabulosas. Habla en efecto de una materia eterna y de ideas que él intenta demostrar mediante ciertos textos de la Escritura; rebaja al Hijo al rango de criatura. Inventa asimismo metempsícosis y numerosos mundos anteriores a Adán. Cuenta como Eva nació de Adán, no como lo dice el relato eclesiástico, sino de una manera vergonzosa e impía. Imagina una novela sobre el comercio de los ángeles con las mujeres y las generaciones resultantes; sostiene que el Verbo no ha encarnado sino en apariencia. También se le puede acusar de forjar dos Verbos del Padre, de los cuales el que se apareció a los hombres sería el menor. Y todo esto pretende establecerlo con textos de la Escritura. Y dice todavía mil otras paparruchas o blasfemias, ya sea él mismo el que lo haya dicho, ya otro que haya usurpado su nombre" 6.

¿Qué decir acerca de esa diatriba contra la teología de Clemente? Las acusaciones más graves son la doctrina sobre el Verbo y sobre el alma. Sobre esos mismos puntos será también censurado su discípulo

Orígenes - Tal vez estaba interpolado el ejemplar utilizado por Focio, como él mismo insinúa. De no haber existido interpolación, lo cual no es fácil comprobar, no nos queda en defensa del alejandrino otro recurso que pruebas indirectas y aceptar el juicio formulado por Puech acerca del asunto: "Pero Clemente es un espíritu sutil y singularmente ingenioso; es posible que Focio haya reducido a fórmulas demasiado simplificadas y demasiado consistentes las especulaciones siempre fluidas y complejas del precursor de Orígenes. Es preciso en todo caso tener en cuenta el hecho de que no encontramos ningunos errores tan formales en la trilogía del Protréptico, del Pedagogo y de los Stromata, donde Clemente se muestra por lo contrario tan resueltamente adversario del gnosticismo herético" 7. Y en nota a ese mismo lugar añade Puech que es necesario advertir también que Eusebio, al mencionar la Hipotiposis, no hace ninguna reserva sobre su ortodoxia.

Con el título Quis dives salvetur? (¿Cuál es el rico que puede salvarse?) se conserva íntegramente una homilía sobre el pasaje de san Marcos acerca de "El joven rico" (x, 17-31), particularmente sobre la sentencia "Más fácil es el pasar un camello [una maroma] por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de Dios". Este escrito de Clemente es el más popular de todos los suyos, por la naturaleza del asunto, por su sencillez y brevedad relativas. El autor defiende una posición media entre la riqueza y la pobreza, entre los ricos y los pobres que tanto abundaban en Alejandría. El desapego de las riquezas debe ser más interior y afectivo que exterior y efectivo. Las riquezas no son obstáculo para salvarse, si se sabe hacer buen uso de ellas. Reconoce el derecho de propiedad, pero considera al propietario como un usufructuario que sólo posee con la condición de conformarse con la voluntad de Dios y rendirle cuenta. La riqueza es un bien social y un bien moral ; un bien para los pobres que pueden ser socorridos ; un bien para los ricos a quienes permite hacer obras de beneficencia y practicar el amor al prójimo. El rico que hace un buen uso de su fortuna puede gozar de cierto confort y de un lujo relativo.

Ningunos otros escritores se conservan. Han dejado huellas: 1°, un tratado Sobre ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la PascuaersonName>, en el que combate a los cuartodecimanos de acuerdo a la tradición alejandrina; 2º, un Canon eclesiástico, o Contra los judaizantes; 3°, dos libros Sobre ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la ProvidenciaersonName>; 4º, Exhortación a la constancia, destinada a los neófitos; 5º, Conversaciones sobre el ayuno. y la maledicencia, escrito sólo conocido por el título ; 6º, Cartas ; 79, Sobre el profeta Amós, según el testimonio, no muy seguro, de Paladio en su Historia lausíaca. Algunos otros fragmentos, de autenticidad dudosa, han llegado a nosotros bajo el nombre de Clemente, pero se ignora a qué obras pertenecen.

Dado el papel desempeñado por Clemente, con tanta competencia, celo y habilidad, en la alianza entre el cristianismo y la filosofía, no tiene nada de extraño que haya sido muy diversamente juzgada su contribución al desarrollo general del cristianismo. Ya hemos consignado hasta la saciedad que era de todo punto indispensable una ciencia teológica, una demostración de la armonía de los dogmas cristianos, de todos los dogmas, con la razón. La empresa era difícil y expuesta. La inicia con no poca fortuna Justino; pero estaba reservado a Clemente Alejandrino, si no coronarla, al menos echar los cimientos y elevar los muros a falta nada más que de la techumbre. Fueron sus más asiduos colaboradores o continuadores los otros alejandrinos, - principalmente Orígenes y Adamancio -, y siguieron la misma senda la generalidad de los padres y escritores eclesiásticos, incluso los de la edad de oro de la literatura patrística que, sin duda, la habrían coronado de no haber sobre-venido el hondo cataclismo de la caída del Imperio Romano con sus trascendentales consecuencias adversas a la cultura, tanto eclesiástica como profana. La gloria de la coronación de obra tan grandiosa la reservó Dios a santo Tomás de Aquino, cuyas son estas palabras terminantes: "Aun cuando la mencionada verdad de la fe cristiana exceda a la capacidad de la razón humana, no pueden ser contrarias a aquella verdad las cosas que la razón posee naturalmente impresas en ella... Así pues, como sólo lo falso es contrario a lo verdadero, cual evidentemente consta de las mismas definiciones de uno y otro, es imposible que la predicha verdad de la fe sea contraria a aquellos principios que la razón conoce naturalmente" 8. El Angélico, para mayor abundancia, prosigue demostrando su tesis hasta llegar a la saciedad, como acostumbra. Parece que el Concilio Vaticano se ha inspirado en el Aquinate cuando se expresa de este modo: "Aun cuando la fe esté sobre la razón, jamás podrá haber verdadera disención entre la fe y la razón; porque siendo el mismo Dios el que revela los misterios e infunde la fe y el que infunde en el alma humana la luz de la razón, Dios no puede negarse a sí mismo, ni jamás lo verdadero puede contradecir a lo verdadero" 9. Y hasta tal extremo se ha llegado en este terreno que hoy se habla de una filosofía cristiana con verdadero carácter científico, con campo propio e independiente, con principios, objeto, fines y métodos propios. Y "no solamente no pueden jamás disentir entre sí la fe y la razón, sino que también se prestan mutua ayuda, ya que la recta razón demuestra los fundamentos de la fe e ilustrada con su luz cultiva la ciencia de las cosas divinas; mas la fe libra a la razón de los errores, la protege y la instruye con múltiples conocimientos" (loc. cit.).

Para los hombres del siglo xx, poseedores de la doctrina iniciada por Justino, incrementada por Clemente de Alejandría, coronada por el Doctor Angélico ratificada por el Concilio Vaticano no nos parece cosa difícil la tarea que se impuso Clemente. Pero si por un momento suprimimos todo lo que siguió al famoso doctor alejandrino y nos lo representamos sólo con los antecedentes de los apologistas liberales y condescendientes, frente a la oposición de algunos espíritus intransigentes como Taciano y Tertuliano, y frente a la intransigencia de las incultas masas cristianas, en un momento en que todavía no estaba definitivamente fijado el dogma (salvo los artículos fundamentales del símbolo) apremiado por las burlas de los cultos filósofos paganos y por los aguijones de las herejías, odiadas éstas y odiados aquéllos por toda persona, ¿seguiríamos diciendo que era fácil la empresa de buscar y defender la reconciliación con una filosofía que era la de los perseguidores, la de los enemigos irreconciliables del nombre cristiano, inspirada por los demonios, sostenida por magos, brujos, adivinos y falsarios, y practicada por gentes de mal vivir? Que Clemente pasó en algunos puntos el límite de lo justo ¿quién lo niega? Tampoco puede negarse que fue profundamente cristiano, que la fe era para él lo principal, la condición necesaria y suficiente para lograr la salvación. Si erró, su error es involuntario y a él lo llevó, además de no estar aún fijado el dogma, el celo que le devoraba de atraer las almas al seno del cristianismo y conseguir la perseverancia de los que ya lo habían abrazado.